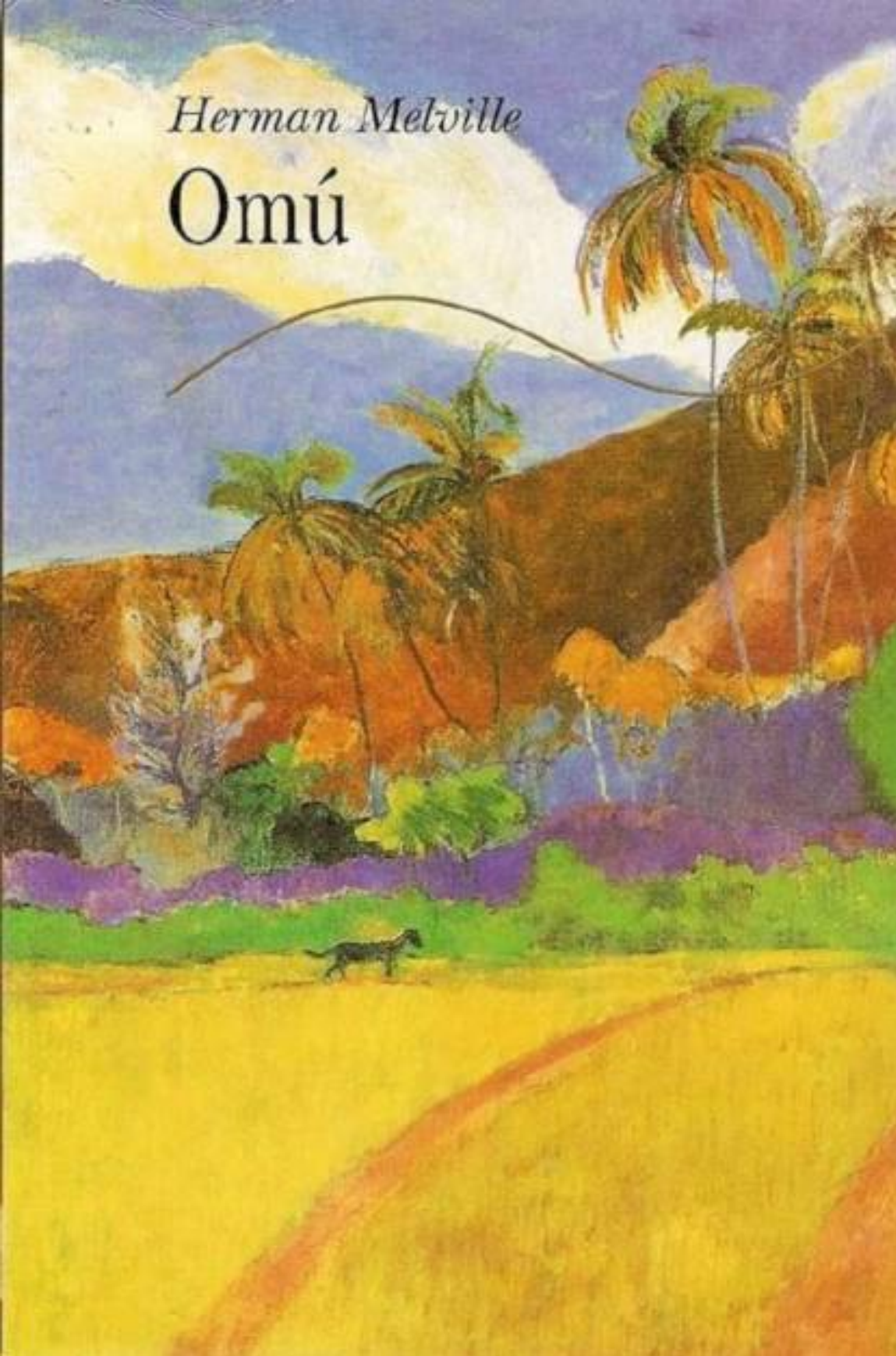


Herman Melville

Omú



«Omú» es la segunda novela de Melville, después de «Taipí, —sobre los Mares del Sur—. Omú» fue el libro que impulsó a Stevenson a viajar a aquellas latitudes y que D. H. Lawrence saludó como «Melville en su vena más alegre». Una travesía azarosa a bordo de un ballenero, un periodo de cautividad en tierra bajo la benigna vigilancia de un gigante tahitiano, un viaje a la isla Imeeo entre nativos hospitalarios, colonos indulgentes y aterradores misioneros forman algunos de los episodios de esta obra. Herman Melville nació en Nueva York en 1819. En 1841 se embarcó en un ballenero que abandonó para vivir en las Islas Marquesas junto a una tribu caníval. De sus viajes surgieron obras como «Taipí» (1846), «Omú» (1847), «Mardi» (1849), «Redburn» (1849), «Chaqueta blanca» (1850) y «Moby Dick» (1851).

NOTA AL TEXTO

Omú se publicó por primera vez en Londres (Murray) en marzo de 1847, y seguidamente, en el mes de mayo, en Nueva York (Harper & Brothers). Esta traducción se basa en la edición fijada por Harrison Hayford, Hershel Parker y G. Thomas Tanselle en *The Writings of Herman Melville* (Northwestern University Press & The Newberry Library, Evanston y Chicago, 1968).

A

Herman Gansevoort, de Gansevoort, Saratoga County,
Nueva York, dedica cordialmente esta obra su sobrino, el
autor.

PRÓLOGO

Tal vez en ningún lugar como en los Mares del Sur las proverbiales características de los marineros se muestran con aspectos más rudos. En su mayoría, los barcos que navegan por esas aguas remotas trabajan para la Sperm Whale Fishery: una actividad que no sólo es particularmente idónea para atraer a los más rudos de los hombres de mar de todos los países sino que además está pensada, de diversas maneras, para alentar en ellos la máxima licenciosidad. Estos viajes, a la vez, son de una duración fuera de lo común y peligrosos; los únicos puertos accesibles están entre las islas salvajes o civilizadas a medias de Polinesia, o a lo largo de las costas occidentales, desconocedoras de la ley, de América del Sur. Por todo esto, con frecuencia se producen escenas por entero extrañas y en ningún sentido relacionadas con el quehacer de la caza de ballenas entre las tripulaciones de los barcos del Pacífico.

Sin la pretensión de hacer un relato de la caza de ballenas (porque el objeto de la narración no abarca este tema), en parte la finalidad de esta obra es la de dar cierta idea del tipo de vida al que se alude, por medio de una eventual historia de aventuras que vivió el autor.

Otra finalidad propuesta es la de hacer un relato *familiar* de la actual situación de los polinesios convertidos, inficionada por la suma de su relación promiscua con la gente forastera y las enseñanzas de los misioneros.

Como marinero errabundo, el autor pasó unos tres meses en diversos lugares de las islas de Tahití y de Imeeo, y

en circunstancias muy favorables para hacer observaciones pertinentes de las condiciones sociales de los nativos.

En todas las afirmaciones relacionadas con las tareas de los misioneros se ha mantenido, por supuesto, una estricta fidelidad a los hechos, y en algunos casos se ha considerado recomendable citar a viajeros anteriores, para apoyar lo que se ofrece como el fruto de las propias observaciones del autor. Nada que no sea un ávido deseo de verdad y de bien lo ha guiado al tratar este tema. Y, si se abstiene de presentar sugerencias sobre la mejor manera de remediar los males que se señalan, sólo lo hace porque piensa que, después de familiarizarse con los hechos, hay otras personas con mejores méritos para formularlas.

Si se muestran con cierta jocosidad algunos rasgos curiosos de los tahitianos, no proviene esto de una intención de ridiculizarlos: las cosas están descritas tal como, en su absoluta novedad, impresionan por primera vez a un observador neutral.

Este relato empieza, necesariamente, donde termina *Taipí*, pero no tiene ninguna otra relación con esa obra. Por lo tanto, lo único que necesita para la comprensión de estas páginas quien no haya leído *Taipí* se da en una breve introducción.

El autor no llevó un diario durante su vagabundeo por los Mares del Sur, de modo que al preparar los siguientes capítulos para su edición, la exactitud con respecto a las fechas habría sido imposible, y cada suceso se ha anotado siguiendo tan sólo el recuerdo. Sin embargo, la frecuencia con que estos incidentes se relataron verbalmente hizo que se grabasen en la memoria.

Aunque al parecer se han publicado uno o dos vocabularios polinesios imperfectos, aún no ha aparecido ninguno del dialecto tahitiano. En todo caso, el autor no tuvo conocimiento de ninguno de ellos. Por consiguiente, para el uso de las palabras nativas, en la mayoría de los casos se ha regido por el mero recuerdo de los sonidos.

Sobre varios puntos conectados con la historia y las antiguas costumbres de Tahití, se obtuvo información colateral de los más antiguos libros de viajes por los Mares del Sur y también de las *Polynesian Researches* de Ellis.

El título de la obra —Omú— está tomado del dialecto de las Islas Marquesas, donde, entre otros usos, la palabra significa «vagabundo» o, mejor, «persona que va de una isla a otra», como algunos de los nativos, conocidos entre sus paisanos como «canacos tabú».

En ningún sentido el autor tiene pretensiones de búsqueda filosófica. De una manera familiar, sólo ha descrito lo que vio, y sus reflexiones —si se permite algunas en ciertas circunstancias— son espontáneas y, con toda probabilidad, semejantes a las que se le ocurrirían con naturalidad a cualquier observador eventual.

INTRODUCCIÓN

En el verano de 1842, el autor de este relato, como tripulante de una nave de América del Sur, visitó las Islas Marquesas. En la isla de Nuku-Hiva abandonó su barco, que desde allí continuó su derrotero sin él. En sus vagabundeos por el interior, llegó al valle de Taipí, en el que habitaba una primitiva tribu de salvajes; de allí un marinero amigo que lo acompañaba consiguió escapar poco después. Sin embargo, el autor se vio retenido en una cautividad benévola durante un lapso de cuatro meses, período al cabo del cual escapó en un bote que se había acercado a visitar la bahía.

El bote venía de una nave necesitada de hombres, que poco antes había arribado a un puerto cercano de la misma isla, donde se informó al capitán de la detención del autor en Taipí. Deseoso de aumentar su tripulación, dio la vuelta y «se mantuvo a la expectativa» fuera de la boca de la bahía. Como se consideraba hostiles a los taipis, el bote, tripulado por nativos «tabú» del otro puerto, tocó tierra con un intérprete a la cabeza y con la misión de negociar la liberación del autor. Esto se consiguió al fin, aunque no sin peligros para todos los implicados. En el momento de su huida, el autor padecía una seria cojera.

Una vez que el bote estuvo en alta mar, apareció el barco a la distancia. Aquí empieza esta narración.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

ME RECIBEN A BORDO

En mitad de una brillante tarde tropical conseguimos huir de la bahía. El barco hacia el que íbamos estaba con su vela mayor en facha, a más o menos una milla de la costa, y era el único elemento que rompía la extensa grandeza del océano.

Al aproximarnos, resultó ser una nave de aire desenfado, pequeña, con un casco y los palos de un negro sucio, la arboladura descuidada y descolorida casi hasta el blanco: todo denotaba que había a bordo una mala situación. Los cuatro botes colgados por encima de la borda la definían como un ballenero. Apoyados con descuido en las batayolas, estaban los marineros, hombres rudos, de aspecto marchito, vestidos con gorros escoceses y ropas de un color azul desteñido; las mejillas de algunos mostraban sus pecas de color bronce, en el que por la enfermedad se convierte el saludable dorado de las bayas que lucen los marinos en los trópicos.

En el alcázar vi a uno al que tomé por el jefe de todos. Llevaba un panamá de ala ancha, y su catalejo estaba a nuestra altura mientras avanzábamos.

Cuando llegamos al barco, un grito ronco recorrió la cubierta de parte a parte, y todos nos miraron con ojos inquisitivos. Y bien podían serlo. Sin mencionar a la tripulación

del bote, de nativos jadeantes por la excitación, todo gesto y grito, mi propio aspecto estaba pensado para despertar la curiosidad. Una túnica de tela del lugar me caía de los hombros, mi pelo y mi barba estaban crecidos, y mi aspecto desvelaba otras pruebas de mi reciente aventura. Tan pronto como pisamos la cubierta, me asediaron por todas partes con preguntas, la mitad de las cuales me era imposible contestar, pues se me hacían sin ninguna pausa.

Como un ejemplo de las curiosas coincidencias que a menudo tocan al marineró, aquí debo mencionar que dos figuras de las que había ante mí me resultaron familiares. Una era la de un viejo tripulante de un barco de guerra, al que había conocido en Río de Janeiro, donde ancló la nave en la que viajé desde mi tierra. El otro era un joven al que, cuatro años antes, había encontrado a menudo en una posada de marineros de Liverpool. Recordaba haberme despedido de él en las Prince Dock Gates, en medio de un enjambre de policías, acarreadores, estibadores, mendigos y otros por el estilo. Y allí estábamos otra vez: habían pasado los años, eran muchas las millas oceánicas recorridas, y una vez más nos reunían unas circunstancias que casi me hacían dudar de mi propia existencia.

Pero apenas unos instantes después el capitán hizo que me condujeran a su cámara.

Era un hombre bastante joven, pálido y delgado, con aspecto de dependiente enfermizo de una firma contable más que de rústico hombre de mar. Tras pedirme que me sentase, ordenó a su camarero que me sirviese un vaso de pisco^[1]. En el estado en que me encontraba, el estimulante casi me llevó al delirio, por lo que de todo lo que le relaté acerca de mi permanencia en la isla apenas si recuerdo una palabra. Después de eso, se me preguntó si quería «alistarme», a lo que por supuesto contesté que sí, es decir, que sí si me permitía viajar con el compromiso de autorizarme a abandonar el barco, si así lo deseaba yo, en el próximo puerto. De esta manera se alistan con frecuencia los balle-

neros en los Mares del Sur. Mi condición fue aceptada, y me presentaron el contrato del barco para que firmara.

Entonces bajó el maestro, y recibió el encargo de hacer de mí «un buen marino»; no se trataba, y hay que tenerlo presente, de que el capitán sintiera mucha compasión que digamos por mí: sólo deseaba aprovecharse de mis servicios lo más pronto posible.

El maestro me llevó a cubierta, hizo que me tendiera sobre el molinete, y empezó a examinar mi pierna; después, tras curarla con algo que sacó del botiquín, la lió con un trozo de una vela vieja, e hizo tal atado que, con los pies apoyados en el molinete, me podrían haber tomado por un marinero enfermo de gota. Mientras sucedía todo esto, alguien me quitó la túnica de *tappa*^[2] para ponerme en su lugar una camiseta azul; y otro, movido por el mismo deseo de convertirme en un mortal civilizado, materializó en torno a mi cabeza un par de tijeras de esquilar, con perentorio peligro de ambas orejas y la destrucción segura del pelo y las barbas.

El día llegaba a su fin y, a medida que la tierra se esfumaba de mi vista, fui tomando conciencia del cambio de mi situación. Pero qué pocas expectativas tiene a menudo el cumplimiento de nuestras esperanzas más ardientes. Seguro a bordo de un barco —hasta entonces mi demanda más extremada—, con mi tierra y mis amigos una vez más en la perspectiva, no obstante me sentía apesadumbrado por una melancolía que no lograba quitarme de encima. Era la idea de que ya no volvería a ver a los que, a pesar de su deseo de mantenerme cautivo, en el fondo me habían tratado con tanta consideración. Los estaba abandonando para siempre.

Tan imprevista y repentina había sido mi huida, tan excitado me había sentido en todo su curso, y tan grande era el contraste entre el sosiego lujuriente del valle y el estruendo y el movimiento salvaje de un barco en alta mar que a veces mis aventuras recientes tenían el aire extraño de un

sueño, y apenas si podía creer que el mismo sol que en esos momentos se ponía sobre la vastedad de las aguas se hubiese alzado, esa misma mañana, por encima de las montañas para atisbarme mientras estaba yo tendido sobre mi jergón en Taipí.

Cuando bajaba a los camarotes justo a la caída del sol, me llevaron a una desvencijada «litera» o cama instalada encima de otra. El extremo destartado de ambas estaba medio cubierto con varios trozos de manta. Entonces me alcanzaron un vaso de hojalata abollado que contenía más o menos media pinta de «té», que así se llamaba al brebaje por gentileza, pues si el jugo de aquellos palos que se encontraban flotando allí merecía tal denominación, es asunto que los patrones de barcos tendrán que zanjar con su propia conciencia. También me alcanzaron un cubo de cecina sobre una dura galleta redonda a modo de plato, y sin más tomé esa comida, cuyo sabor salado, después del régimen del valle —digno del vegetariano Nabucodonosor— me resultaba decididamente delicioso.

Mientras me hallaba en éstas, un viejo marinero sentado sobre un baúl, justo debajo de mí, echaba volutas de humo. Una vez terminada mi cena, el hombre frotó la boquilla ennegrecida de su pipa en la manga de la camiseta, y con gran cortesía me la ofreció. Esta muestra de solicitud era típica de un marino y, respecto a su refinamiento, ningún hombre que haya vivido en los camarotes de un barco se preocupa por ello. Así, después de unas hondas caladas para propiciar mi descanso, me volví y me esforcé por olvidarme de mí mismo. Mas fue en vano. Mi litera, en lugar de estar orientada de popa a proa, como es debido, estaba de través, es decir, perpendicular a la quilla, y el barco navegaba con viento a favor, de modo que se balanceaba tanto que cada vez que mis talones se elevaban y mi cabeza bajaba, me parecía que estaba a punto de dar un salto mortal. Además, había otras razones abrumadoras de inquietud,

pues de cuando en cuando salpicaba el agua por la escotilla abierta, y las gotas me caían sobre la cara.

Por fin, después de una noche en blanco, interrumpida dos veces por el grito despiadado de la guardia, un atisbo del día se abrió camino en lo alto y alguien bajó. Era mi viejo amigo con su pipa.

—Eh, compañero —dije—, ayúdame a salir de aquí y a subir a cubierta.

—Ea, ¿quién grazna por allí? —respondió a la vez que se inclinaba hacia el rincón oscuro en que estaba yo—. ¡Ah, Taipí, el rey de los caníbales, eres tú! Digo yo, chico, ¿cómo está esa lanza tuya? El maestro dice que como el demonio, y anoche puso al cocinero a afilar la sierra: espero que no esté pensando en hacerte un tallado.

Mucho antes que la luz del día, llegamos a la bahía de Nuku-Hiva, dimos cortas bordadas hasta la mañana, después entramos, y enviamos un bote a tierra con los nativos que me habían llevado al barco. Tras devolverlos, nos hicimos a la mar otra vez, y nos mantuvimos apartados de tierra. Soplaban una dulce brisa y, a pesar de lo poco que había descansado durante la noche, el suave y fresco aire de la mañana en alta mar era tan vigorizante que, en cuanto lo respiré, mi ánimo se fortaleció de inmediato.

Sentado sobre el cabrestante durante la mayor parte del día, y mientras sostenía una conversación abierta con los marineros, me enteré de cómo había sido el viaje hasta ese momento y de todos los detalles del barco y de su situación presente.

Estos asuntos estarán reunidos en el próximo capítulo.

CAPÍTULO II

ALGO SOBRE EL BARCO

Ante todo, debo hacer una historia de la propia *Julia*, o «Julita», como familiarmente llamaban los marineros a su nave.

Era una pequeña embarcación de muy bonito modelo, de algo más de doscientas toneladas, de fabricación yanqui y bastante vieja. Se había equipado para un particular de un puerto de Nueva Inglaterra durante la guerra de 1812; fue capturada en alta mar por un crucero británico y, después de cumplir con toda clase de servicios, por fin se la usó como paquebote del Gobierno en los mares australianos. Sin embargo, tras ser retirada un par de años antes, la compró en subasta una casa de Sydney que, después de unas mínimas reparaciones, la había despachado para el viaje que estaba haciendo.

A pesar de los apaños, la nave aún estaba en condiciones míseras. Se decía que sus palos menores eran inseguros, que las jarcias muertas se habían estropeado mucho y que, en algunos puntos, incluso las batayolas estaban bastante podridas. Con todo esto, se podía mantener más o menos a flote, y un achique de toda una mañana y apenas algo más ya bastaba para que estuviera en condiciones.

Pero todo eso nada tenía que ver con su capacidad marinera: en eso, la guapa Julita, la regordeta Julita era una